

Modelos humanos convocados a juicio

El propósito de este pequeño ensayo surge de una especie de «*incoherencia vital*» que puede formularse así. Uno de los rasgos evolutivos más sorprendentes del linaje Homo es su inmensa capacidad para prodigarse en distintas Formas de vida, de las que proceden los modelos humanos. La modernidad europea cobró tal afición a diseñar paradigmas humanos como jamás se había experimentado anteriormente en la Historia. A finales del siglo veinte, en cambio, los europeos sienten miedo —que se traduce a veces en vergüenza y repugnancia— por desarrollar este trazo evolutivo. ¿Por qué ha surgido en la vieja Europa esta incoherencia específica?

Las reflexiones que siguen pretenden adelantar una simple introducción al tema. Se hallan plenamente desarrolladas o simplemente insinuadas en mis anteriores ensayos *Perfiles de nueva humanidad* (Salamanca, Ed. San Esteban, 1993, 435 pp.), y *La condición humana en Tomás de Aquino* (Ibid., 1994, 363 pp.). Basándome en la experiencia pasada, destaco una serie de rasgos generales tocantes a los modelos humanos (I); aludo después a cuatro modelos modernos (II); y termino con algunas sugerencias sobre los modelos futuros (III).

Antes de comenzar el discurso hago la siguiente observación. Trataré de evitar en cuanto me sea posible las estereotipadas acuñaciones ligadas a los *ismos*. ¿Quién sabe lo que significan hoy con exactitud progresismos, socialismos, comunismos, conservadurismos,

liberalismos, tradicionalismos, etc., utilizados casi siempre cargados hasta los bordes de ideología o como motes descalificadores?

I. RASGOS DE LOS MODELOS HUMANOS

1. VIVIENTES, FORMAS DE VIDA Y MODELOS HUMANOS

Voy a contemplar tres rasgos de los modelos humanos. En este apartado me ocupo de su origen, mientras en los dos siguientes expondré sin demora su estructura y funciones. Los tres aspectos se coimplican mutuamente; por eso invito al lector a no separar en la «realidad» lo que es necesidad y obra del análisis.

El origen de los modelos humanos se halla en el *peculiar modo de vivir* el linaje Homo. Quizás la propiedad más típica de los vivientes sea la reproducción, es decir, la reiteración ontológica del propio ser en los individuos. Es la obra del código genético. Pero hay gran diferencia al respecto entre el hombre y los demás vivientes. Plantas y animales se reproducen guiados por el principio de la determinación. Los individuos reciben de sus progenitores la estructura, las funciones y el modo de desarrollar su vida en los ecosistemas. La sabiduría de la especie consiste en adaptarse al medio, evitando a los individuos el máximo posible de problemas, dificultades y riesgos provenientes de los agentes físicos y de la convivencia biótica. Una mosca o un búfalo no son ciertamente autómatas; no pueden desarrollar, sin embargo, una auténtica biografía dentro de sus respectivos ecosistemas.

La especie humana, entre todos los vivientes, ha tenido la inmensa osadía de no adaptar sus genes al medio sino de acomodar éste a aquéllos. No ha querido desplegar su vida cosida a la plantilla de uno o varios ecosistemas. Aquí se halla a la vez la profunda raíz de la libertad y la tremenda transformación de la Naturaleza. Hoy estamos asustados de la envergadura y la intensidad que ha cobrado la antroposfera; incluso tenemos miedo a las próximas actualizaciones de nuestra

rica potencialidad. Ahora bien, el despegue sin retorno de los ecosistemas representa precisamente la superación de la vida animal y vegetativa; es el principio de la vida humana; la impronta más característica del linaje Homo; la entrada definitiva en la Historia. Somos un conjunto de vivientes muy peculiares, si bien no podemos despegar totalmente del medio animal y vegetativo.

Desde el punto de vista evolutivo el linaje Homo se presenta inacabado, indeterminado, abierto siempre a nuevas y sorprendentes manifestaciones. De ahí que la vida de la especie se haya desplegado a lo largo del tiempo y el espacio en innumerables estilos o modos históricos de ser hombre. Por ellos discurren las más variadas experiencias del amor, el saber, la sensibilidad, los alimentos, la paz y la guerra, la convivencia familiar y política, la técnica y el arte, etc. Llamo a esos modos y estilos históricos de ser hombre *Formas de vida*. También se les puede denominar culturas, siempre que se refieran a los comprensivos y distintos cultivos de ser hombre. Las Formas de vida alcanzan a las personas principalmente a través de las instituciones, los usos y costumbres, las normas, el lenguaje, etc.

Esta peculiar modalidad de la vida —extraña a plantas y animales— afecta de lleno a la reproducción de los individuos dentro de la especie. El código genético transmite la herencia específica, la estructura biótica, lo que llamaban los griegos naturaleza humana. Salvo en casos estrictamente anormales, todos los individuos poseen la misma estructura vital, que se repite machaconamente durante largos períodos. Pero nadie vive individualmente su pura naturaleza. Antes de nacer, a todos se nos tiene preparada al menos una Forma de vida. Es admirable la potencialidad inscrita en los individuos de la especie para ser educados en las más diversas Formas de vida. Estos verdaderos códigos culturales tienden a reproducir individuos humanos marcados a fuego por su respectiva Forma de vida.

Pero he de subrayar aquí dos hechos importantes. El primero es la aparición de las condiciones humanas. Son estados de la naturaleza humana —actualizaciones concretas de su potencialidad— prodigados, avalados y bendecidos por los códigos culturales. La estruc-

tura vital es una; las condiciones humanas, diversísimas. Hay persas, árabes, españoles y zapotecos; ricos y pobres, esclavos y señores, propietarios y desposeídos, sabios e ignorantes, finos y toscos, pletóricos de amor o de odio, etc. Y también aquí interviene la reproducción. Las Formas de vida tienden a reiterar sin tregua las condiciones humanas, del mismo modo que el código genético asegura la continuación de la naturaleza. Este rasgo de nuestra especie saca de quicio a quienes luchan impacientemente por eliminar los estados miserables de nuestra naturaleza.

El segundo hecho es la irrupción de la Biografía totalmente implicada en la Historia. Dentro de cada Forma de vida, los individuos de la especie tejen su propia existencia de modos peculiares, únicos, intrasferibles, biográficos. No hay biografía posible, según acabo de indicar, en las modalidades de vida animal y vegetal. Este rasgo de nuestra especie se manifiesta a tope en la irritación que producen los igualitarismos culturales.

¿Adónde conducen todas estas consideraciones? ¿Tienen que ver algo con los *modelos humanos*? ¿También éstos son genuinos rasgos de nuestra especie? Creo que sí. Uno de los aspectos evolutivos más salientes de la vida humana es su inmensa capacidad de reflexión valorativa. La exquisita actividad crítica sobre el discernimiento entre el genuino saber y el aparente —tan exaltada por los ilustrados europeos— es una manifestación más de la citada reflexión. Los juicios estimativos se disparan espontáneamente sobre todo. El bien y el mal —por tomar los conceptos valorativos más universales— recaen sobre teorías, dioses o Dioses, actividades, instrumentos, relaciones, construcciones, etc. Quizás las valoraciones más enérgicas se lanzan sobre las diversas Formas de vida, las biografías ricas o miserables que permiten y particularmente sobre la entrañable existencia de cada persona. Pero los juicios valorativos que conciernen a las buenas, pasables, mediocres o malas condiciones humanas exigen modelos humanos.

Como se apreciará más tarde, he descubierto el modelo humano a través de una de sus funciones más relevantes. Es hora ya de pasar al segundo punto.

2. ESTRUCTURA DE LOS MODELOS HUMANOS

Uno de los rasgos más sorprendentes de las condiciones humanas —no detectado en otras especies— es que en ellas se actualiza el linaje Homo según o en contra de su propia naturaleza. Las personas, por ejemplo, son capaces de alimentarse de acuerdo o en franco desacuerdo con su propia estructura biótica. Este es el origen del tremendo par valorativo humano/inhumano. Todos los modelos humanos asumen la función de discernir lo humano e inhumano que ruedan por las Formas de vida y las biografías. Pero hay gran diversidad al respecto conforme al uso de distintos modelos.

Creo que es oportuno distinguir aquí los *modelos humanos diseñados* de los *experimentados o experiencias primigenias*. Los primeros son obra de una razón peculiar —razón soberana—, la cual se manifiesta principalmente en los grandes relatos míticos o en las distintas filosofías del hombre. Los segundos, en cambio, se identifican con personas de carne y hueso que han aparecido en la Historia. Les llamo experiencias primigenias, porque en esos hombres concretos, en sus singulares biografías, se revelan estilos nuevos de humanidad. Es obvio que las razones soberanas no segregan los modelos experimentados; solamente contribuyen a su desarrollo e interpretación.

¿Podemos destacar rasgos estructurales análogamente comunes a ambos tipos de modelos? Pienso que sí. Me atrevo a indicar al menos tres de ellos, que denominaré respectivamente forma, contenido y tensión.

La *forma de los modelos humanos* que voy a considerar no es una categoría a priori, sea conceptual o lingüística. Se halla inmersa en la misma entraña del ser humano que se ha manifestado hasta ahora. Enlaza con el audaz despegue sin retorno de los ecosistemas anteriormente considerado. Al zafarse de la estrechez ontológica de los mismos ecosistemas, el linaje Homo no renuncia al medio, cosa imposible para un viviente. Al revés, lo expande de un modo espectacular en tres dimensiones, constituyéndose así el auténtico *medio vital humano*, inaccesible a plantas y animales. A estas tres dimensiones

les llamo respectivamente medio histórico, natural cósmico y meta-histórico.

El *medio histórico* permite la inserción de la persona en una tribu, pueblo o nación, envolviéndola en tupidas mallas de relaciones respecto de los demás hombres pasados, presentes y futuros. Gracias a este medio el linaje Homo expande innumerables experiencias vitales comunitarias. El *medio natural cósmico* explaya la vida en estrecha conexión con los demás seres de nuestro planeta y los del inmenso Cosmos que nos rodea. En el *medio metahistórico* se desenvuelve la tremenda experiencia de la muerte, la renuncia o la esperanzada aceptación de otro tipo de existencia, y nuevas manifestaciones vitales provocadas por dioses y Dioses, ángeles y demonios, paraísos, cielos e infiernos. El medio vital humano no es ciertamente el de las células procariotas, las plantas rosáceas, los peces, los gorilas y chimpancés.

¿Cómo puede el hombre moverse en ese medio vital aparentemente sin fronteras? Gracias a su *espacio interior*, que constituye la cuarta dimensión de la forma adscrita a los modelos humanos. Del espacio interior personal brotan, por ejemplo, las relaciones fundamentales con todos los seres, su inagotable receptividad, el espíritu que todo lo trasciende, el sabor de la vida y las razones soberanas —las energías cerebrales que crean, gestionan o interpretan los modelos humanos—. La forma de los modelos humanos, en cuanto se articula a través de las cuatro citadas dimensiones, constituye el hilo conductor para entrar en el laberinto histórico del linaje Homo. Por eso me gusta llamarla *clave transhistórica*.

El *contenido de los modelos humanos* se refiere a la sustancia humana que se vierte en la clave transhistórica. Sean modelos diseñados o experimentados —experiencias primigenias—, en ellos se forjan condiciones humanas de calidad, tratando de evitar al mismo tiempo los estados degradados del linaje Homo. ¿Cómo se puede recorrer y medir semejante densidad paradigmática? No conozco otra vía que la de los valores y contravalores. Cada uno de ellos expresa profundos, extensos o mínimos enriquecimientos o devastaciones de la per-

sona. Es muy importante al respecto no restringir los valores y contravalores a los consabidos órdenes *éticos*, *religiosos* y *sociopolíticos*, pues de este modo quedarán sin contenido extensas zonas de la clave transhistórica. No son menos interesantes que las tres citadas categorías los valores y contravalores *biopsíquicos*, *económicos*, *epistémicos* y *estéticos*.

Los modelos humanos contienen las siete categorías de valores a niveles comunitarios, biográficos y cualitativos. Uno no puede contentarse con incluir en el modelo los alimentos, la salud, la ciencia, la libertad o los dioses. Eso pertenece enteramente a las articulaciones formales del modelo. Es preciso observar cómo se encarnan o se han de encarnar en las comunidades y personas; si se trata de mediaciones que prodigan toscas o afortunadas experiencias humanas. Los conceptos valorativos son como patrones originarios abiertos a las más diversas realizaciones; son susceptibles de grados cualitativos prácticamente infinitos; jamás se hallan enteramente definidos o decididos.

Una palabra, por último, sobre las *tensiones de los modelos humanos*. Voy a contemplar tan sólo las biográficas, temporales y racionales. Las *tensiones biográficas* conciernen, por una parte, a la doble dimensión individual y comunitaria de las personas. Estas se mueven muchas veces entre los nefastos igualitarismos sociales y los individualismos insolidarios. Tampoco hay que olvidar, por otro lado, los escollos inscritos en la mutua relación de las distintas biografías. Las vidas personales de un colectivo se entrecruzan, chocan y resultan con frecuencia incompatibles.

Las *tensiones temporales* surgen a causa de la gran variedad de Formas de vida engendradas en la Historia, que responden a la aventura emprendida por el linaje Homo al despegar sin retorno de los ecosistemas. Por eso hay modelos diseñados que tematizan y avalan las Formas de vida presentes. La mejor sustancia humana sería la aparecida últimamente; no interesa regresar al pasado o forzar el futuro. Otros, en cambio, devalúan los estilos de ser hombre del presente, proyectándonos ilusionados hacia el futuro o retrocediendo

escarmentados al pasado. Las experiencias primigenias, de otro lado, por el mismo hecho de haberse engendrado en el pasado, mantienen grandes dificultades con las Formas de vida actuales y futuras. Se someten sin tregua a constantes reinterpretaciones; sobre todo las que dependen de libros y tradiciones sagradas.

Las *tensiones racionales* se manifiestan del siguiente modo. La razón interviene decisivamente en la construcción, el desarrollo o la interpretación de los modelos humanos. En este momento contamos con una notable variedad de Ciencias Humanas, debida precisamente a los aspectos parciales del linaje Homo que contempla cada una de ellas. ¿No encontraremos ahí dispuestos sendos modelos humanos convenientemente aparejados por la prestigiosa razón científica? No lo creo. Es verdad que no se puede crear o interpretar un modelo humano prescindiendo de fenómenos económicos, biológicos, sociales, jurídicos, lingüísticos, etc. La reciente historia de las Ciencias Humanas muestra la permanente tentación de las mismas a forjar modelos, pero siempre se acusa a sus autores de parcialidad. Piénsese en los modelos diseñados desde el economicismo, biologismo, legalismo, sociologismo, psicologismo, antropologismo, etnicismo, etc.

La Ciencia, por otra parte, no puede ir más allá del «*esse factum*», del ser que ha aparecido hasta ahora. Sin embargo, el linaje Homo nunca se encarna en condiciones existenciales satisfactorias, completamente humanas. Siempre manifiesta inhumanidades; negaciones de humanidad. Pero este paradójico modo de ser nos remite a razones mucho más comprehensivas que las científicas; razones soberanas, como me gusta llamarlas. Una de sus características es utilizar las razones todas particulares de acuerdo con los modelos humanos diseñados o experimentados.

3. FUNCIONES DE LOS MODELOS HUMANOS

Aludo simplemente a tres de ellas. Sea la primera la *función biográfica*. Según advertí más arriba, la Historia y la Biografía son ras-

gos típicos de la especie en cuanto trascienden las posibilidades y condiciones vitales del animal y la planta. Los modelos humanos permiten y promueven cierto tipo de biografías; según la vertebración institucional de los mismos, las personas tejen sus peculiares e irrepetibles evoluciones vitales. Es necesario subrayar que el individuo jamás está copado totalmente por el modelo. De ahí brota el formidable fenómeno biográfico del rechazo parcial o íntegro de la Forma de vida que ofrece y favorece el paradigma para acceder a otras biografías.

Los modelos humanos infunden también en las biografías identidad y sentido. Las personas perciben el puesto entitativo que ostentan entre los demás seres; son conscientes, asimismo, de la humanidad que engendra su intrasferible obrar. En todo el ámbito de la biografía bulle además la experiencia de lo originario, es decir, los arquetipos de niño, cariñoso, hermana, libre, compañero, profesional, religioso, artista, estudiante, novia, mamá, rey o papa. Los modelos humanos acentúan y despiertan los originarios más afines al estilo de ser hombre que contienen. Y otra vez he de insistir en el fenómeno biográfico del rechazo, tocante ahora a la identidad, el sentido y la experiencia de lo originario.

Paso sin más a la *función judicial* de los modelos, la cual tiene que ver con la calidad de las Formas de vida, de las biografías y de los mismos modelos que van engendrándose a lo largo del tiempo y a lo ancho del espacio. Se trata simplemente de separar lo humano de lo inhumano. Pero tal discernimiento exige un delicado cultivo de la ciencia del bien y del mal, el más extenso, complicado y difícil de los saberes. No en vano nos lo prohibieron —según el mito— en los primeros albores de nuestra Historia. Lo humano e inhumano se vertebran a través de los valores y contravalores.

De ahí que este saber sea intrínsecamente valorativo; recorre las siete categorías de valores y contravalores anteriormente nombradas. Ha de tener en cuenta, asimismo, las cuatro dimensiones de la clave transhistórica. Los juicios estimativos recaen sobre la vida y la muerte, la salud y la ciencia, la solidaridad y las condiciones ecológicas,

la vivienda y los dioses o Dios, la paz y el arte, el Estado, las leyes, las ciudades y las armas.

La función judicial corresponde a las razones soberanas que gestionan los modelos humanos. Estos tienen carácter de instancia última. Cada modelo engendra su propio marco de racionalidad e irracionalidad. Su carácter de instancia última, por otro lado, no les concede sin más atributos eternos. Son comparables entre sí por sus frutos, es decir, por los valores que propugnan y los contravalores que evitan y condenan. Muchos de ellos se agotan y desaparecen en el decurso del tiempo.

Ningún modelo hasta ahora ha propiciado condiciones humanas históricas carentes de inhumanidad. Por eso todos ellos asumen la *función terapéutica*. Los aspectos más inmediatos y visibles de esta función se refieren a los deterioros y anormalidades de nuestros órganos vitales. Pero las enfermedades se prolongan sin remedio a nivel comunitario, como sucede en el ámbito familiar, profesional y ciudadano. Los peores dolores no son los que provienen del hígado, el oído o la vesícula. Son más sensibles los que atañen al cariño, la fraternidad, la justicia o la solicitud.

El mal humano afecta, por otra parte, a las mismas culturas, a las Formas de vida. Según la propia dinámica de la reproducción de los códigos culturales, muchas personas tienen preparadas ya antes de nacer biografías profundamente degradadas. Apenas poseen un espacio mínimo para ejercitar su libertad. El linaje Homo despegó audazmente y sin retorno de los ecosistemas, porque deseaba gestionar su vida de acuerdo con su inmensa potencialidad. Ocurre, sin embargo, que millones de personas tejen sus biografías en hábitats inferiores a los de muchas plantas y animales. Hay modelos humanos que intentan ejercer su función terapéutica a nivel de especie. La privación de humanidad tiene su raíz en la misma naturaleza humana. El orden de la vida animal y vegetal no exhibe semejante contradicción específica.

II. MODELOS HUMANOS MODERNOS

Como decía al principio, la afición de los europeos modernos a diseñar arquetipos humanos es sencillamente espectacular. Cada pensador genial o mediocre agita su razón soberana sin escrúpulos con ánimo de engendrar la genuina sustancia humana para la posteridad. El saber más cultivado en nuestra modernidad es sin duda la ciencia del bien y del mal humanos en toda su envergadura. Sería ridículo pretender esbozar aquí un catálogo de tales humanidades. Voy a limitarme a cuatro modelos, a los que llamo respectivamente *el ciudadano sin fronteras, la humanidad consumada, el paradigma tradicional y el hombre productor consumidor*.

Cabe establecer cierta conexión lógica entre esos modelos. El primero determina de algún modo a los dos siguientes, en el sentido que éstos surgen en gran medida por reacción a aquél. El cuarto se traga sencillamente a los otros tres. Es el único que vertebra hoy nuestra Forma de vida.

4. EL CIUDADANO SIN FRONTERAS

Voy a describir ciertos caracteres tocantes a sus funciones judicial y biográfica, para terminar con las tensiones que porta en su misma entraña. Recuérdese que en un modelo humano todos sus aspectos se coimplican a porfía. Por eso la *función judicial del ciudadano sin fronteras* nos proyecta hasta su mismo origen. ¿Sobre qué paradigma ejerce el discernimiento del bien y del mal humanos? El juicio y la sentencia atañen directamente al modelo medieval. A la vez que se desarrolla la crítica, se va perfilando poco a poco la nueva humanidad.

El tiempo que dura la gestación es largo. Si suponemos que el ciudadano sin fronteras estaba listo a finales del dieciocho, su progresiva construcción habría que retrotraerla hasta el siglo quince o antes. El discernimiento impacta a las cuatro dimensiones de la clave

transhistórica. El espacio interior se vertebra fundamentalmente desde el yo; una especie de demiurgo capaz de organizar el entero ámbito del ser y hasta de crearlo. La relación con los entes naturales y cósmicos se transforma al caer la posición medieval entitativa y espacial del hombre en el Mundo. La dimensión metahistórica se utiliza para sentar en el banquillo a todos los dioses, diosas y Dioses; tenían que dar cuenta de su penetrante intervención en la vida del linaje Homo.

La crítica del medio histórico superaba con creces a las restantes dimensiones de la clave. En el ciudadano sin fronteras bulle incontenible una especie de euforia por construir la vida social desde nuevos puntos de referencia. Brotan por doquier inéditas concepciones de la Historia. Es notable que la mayor parte de ellas coincide en interpretarla como un proceso de incesante liberación, el cual se expresa con frecuencia en términos de progreso. La función judicial engendra nueva sustancia humana, es decir, empapa la clave transhistórica de los valores más afines al desarrollo de la esperada humanidad.

Las Formas de vida tienden a reproducirse a través de sus códigos culturales. ¿Cómo eliminar la inhumanidad inmersa en el modelo medieval? ¿Cómo dar paso al ciudadano sin fronteras? ¿Por convencimiento?, ¿por conversión a la nueva sustancia humana?, ¿a través de simples reformas?, ¿por la fuerza y la violencia? Los historiadores hablan de revolución, destacando principalmente la inglesa, la americana y la francesa.

¿Qué tipos de biografías permitía y avalaba el ciudadano sin fronteras? La consigna general se cifraba en que solo el hombre debía ser responsable de su propia vida. Los apóstoles de la nueva humanidad anunciaban a los cuatro vientos la madurez —la mayoría de edad— del linaje Homo. Esta sazónada responsabilidad se compendia en dos palabras mágicas. «Emancipación» de extrañamientos, ante todo, de modo que el hombre nunca más debía enajenar su sustancia en indignas servidumbres a otros seres. Tal fundamentación negativa de la propia humanidad se conseguiría por la vía de una

penetrante iluminación racional. La luz brotaría a chorros de la misma razón, la cual limpiaría nuestro espacio interior de los nefastos extrañamientos ligados a prejuicios, supersticiones, ignorancias y despotismos históricos. Recuerde el lector la versión específica que ofrecían los ilustrados de esos cuatro conceptos.

El otro vocablo mágico del ciudadano sin fronteras es «autonomía». Se trata de la vertiente afirmativa de la nueva personalidad. Sólo el hombre es capaz de engendrar auténticas humanidades; la salvación está en nuestras propias manos. ¿A quién se va a confiar la eclosión de vigorosas biografías humanas fuera de las fronteras del mismo linaje Homo? Todas nuestras actuaciones están soberbiamente legitimadas por la nueva humanidad. Lo más urgente era establecer un inédito orden político-social; una obra de todos los ciudadanos para engendrar plétóricas biografías ciudadanas. ¿De qué modo expresar la madura responsabilidad emancipada y autónoma? Por la soberana gestación de las constituciones democráticas.

El ciudadano sin fronteras insistió particularmente en la libertad socio-política. Este valor se encarna siempre en las Formas de vida según las esclavitudes que imponen los modelos humanos anteriores. Por eso los europeos modernos la concibieron a la sazón como libertad de pensamiento, de enseñanza y de imprenta, de conciencia y de religión, de producción y comercio, de elección política y de asociación ciudadana. ¿Quién puede garantizar semejantes libertades? El ciudadano sin fronteras confía en la igualdad social promulgada por las constituciones. De ahí las solemnes declaraciones de los derechos humanos. La justicia cobra así en el modelo gran amplitud y profundidad.

La nueva humanidad, por otra parte, intenta quebrar los egos enjaulados fomentados por razas, tribus, pueblos y Formas de vida. Es universal; se proclama para todos los hombres de todos los tiempos. Los ilustrados europeos siguen al respecto la gran tradición abierta por los estoicos y cristianos. ¿Cómo comprometer a todos los hombres en esta tarea universal? Muchos pensadores utilizaron la divisa de la fraternidad.

Una palabra, por último, sobre las *tensiones que porta el modelo en su misma entraña*. Aprovecho las categorías introducidas en el párrafo 2. Las tensiones biográficas provienen principalmente de la asimilación de las diferencias. ¿Cómo conciliar las regiones sociales de lo público y lo privado? ¿Dónde comienza y acaba cada una de ellas? ¿No hay peligro de que se anulen recíprocamente sin contemplaciones? Preguntas análogas siguen coleando en nuestras democracias occidentales. El ciudadano sin fronteras, por otra parte, debido a su autonomía, legitima tanto al Yo como al Estado. ¿Quién ha de prevalecer? ¿Hasta qué punto el Estado ha de trazar e imponer las líneas maestras de nuestras biografías? ¿En qué medida ha de calar la democracia en todas nuestras relaciones comunitarias?

Tampoco es fácil integrar las diferentes biografías en la universalidad que exige el modelo. ¿Comunidad universal fraterna sin respetar las diversas Formas de vida que permiten y favorecen ricas variedades biográficas? ¿Hay una cultura que ha de prevalecer sobre las demás? ¿Será precisamente la de los ilustrados europeos? La autonomía favorece, asimismo, las pluralidades biográficas que se contradicen en aspectos profundos. Al principio se riñó mucho por este motivo; más tarde se intentó superar el escollo a base de tolerancia. ¿Basta simplemente soportar al otro para desarrollar el modelo? ¿Es eso mutuo y profundo respeto a la otra diferencia o pura treta estratégica para evitar la confrontación?

¿Se dan en el ciudadano sin fronteras tensiones temporales? El modelo se inclina a devaluar o a liquidar totalmente el pasado en vistas a un fecundo e incierto porvenir. Las anteriores condiciones humanas representan un descarado fracaso de la especie; no hay quien las redima. La idea de progreso, como interpretación de la Historia, deja a la intemperie los jirones de humanidad vertidos en el pasado. Pero hay mucho más. La mayoría de los hombres conducen sus biografías a la luz de experiencias primigenias. Los modelos humanos diseñados apenas les impactan. ¿Cómo asumir entonces tremendas experiencias humanas como la de la muerte? Por otra

parte, ante la nueva situación histórica, las experiencias primigenias necesitan fuertes y arriesgadas interpretaciones.

Las tensiones racionales también se manifiestan por doquier. Los ilustrados apelaron a la razón para discernir el bien y el mal. ¿De qué razón se habla? ¿Hay solamente una? ¿Cuál es su explícito marco de referencia? ¿Se trata de un desabrido refrito aderezado a base de retazos teológicos, filosóficos y científicos? ¿Suprimimos la Teología? ¿Basta la Ciencia? ¿Qué papel van a desempeñar las filosofías positivas y las dialécticas negativas? ¿Nos bastarán quizás las razones soberanas ordinarias que pululan en las diversas Formas de vida? El ciudadano sin fronteras dejaba abiertas todas estas interrogaciones. A finales del siglo veinte siguen sin cerrarse.

5. LA HUMANIDAD CONSUMADA

El desarrollo de una razón está profundamente ligado al curso del tiempo. Salvo en los cálculos más simples, nunca sabemos de antemano las consecuencias agradables o desagradables que se han de derivar de él. Solamente el futuro manifiesta la fecundidad o las contradicciones que portan en su misma entraña los principios establecidos. La razón soberana del ciudadano sin fronteras desplegó al máximo el axioma de la autonomía en todas las dimensiones de la clave transhistórica. De este modo llegó puntualmente a la esfera de los valores económicos y a sus densas relaciones sociales. También había que liberar la producción, circulación, asignación y distribución de bienes y servicios de las trabas típicas del modelo medieval.

La mayoría de edad bajo las formas de emancipación y gestión autónomas se aplicó a las nacientes instituciones empresariales. Pero nadie había prefijado en este campo los contenidos de esa mayoría de edad. ¿Significaba que los empresarios y trabajadores llevarían a cabo la producción como un servicio a los ciudadanos, relacionándose entre sí en perfecta cooperación y armonía? El espacio económico autónomo se articuló, más bien, en otras direcciones. Pronto se decre-

tó que las fábricas no tenían otra finalidad que la máxima ganancia. Cuanto más lucro más cantidad de bienes disponibles, los cuales se transformaron rápidamente en simples mercancías. La autonomía se montaba en realidad sobre un egoísmo «fructífero». Quien desee ganar más, más cantidad de zapatos, medicinas, alimentos, etc., pondrá al servicio de los ciudadanos.

De este modo la mayoría de edad económica se tenía que reafirmar por las relaciones de competencia; en suma, por la lucha de todos contra todos. ¿Quién podría librarse de semejante guerra sin cuartel? En principio solamente estaban excluidos los seres que permanecieran al margen de las relaciones económicas. Sin embargo, este presunto aislamiento revela bastante ingenuidad, ya que poco a poco todos los entes se constituyen en *medios de producción*. Tierra, mar y aire, potencialidades humanas, saberes y tecnologías, costumbres, usos y sensibilidades, éticas, religiones, políticas, ordenamientos jurídicos e instituciones entran sin remedio en el circuito. Particularmente el Estado no tiene otro papel que proteger y dejar crecer a su aire la expansión interna, «natural», de esta mayoría de edad económica.

Los efectos no se hicieron esperar. El amo y el esclavo aparecieron bajo la figura de las clases sociales. Se puso gran énfasis al respecto en los estamentos proletarios y burgueses. Quizás nada impresionó tanto al hombre como la punzante indignidad de la persona que proviene de la poca o nula participación en los valores vitales y económicos. Tal postración se instaló cómodamente en grandes masas de antiguos labradores, ganaderos y artesanos, que sólo podían acceder al mercado poniendo en venta la potencia de sus propios músculos. No merecía la pena haber partido sin retorno de los ecosistemas adscritos a plantas y animales para generar a la postre hombres hambrientos, enfermos, mal vestidos, hacinados en espacios escasos e inmundos, ignorantes, sumidos en miserables viviendas y sobrecargados de horas laborales.

Nada se puede equiparar en el linaje Homo a la estupenda sensibilidad por las inhumanidades existenciales. Ya he advertido en el

párrafo 3 que la persona jamás se halla enteramente copada por el modelo. El ciudadano sin fronteras fue prontamente llamado a juicio por lo que respecta a su desarrollo económico autónomo. A grandes males, mayores remedios y más intensas humanidades. Brotó así desde el espacio interior, como una fuente de agua viva, la audaz esperanza de un *modelo de humanidad consumada*. Se trataba de la terapia más espectacular y definitiva de la especie, de modo que la esencia del hombre habría de coincidir enteramente con sus estados existenciales. La inhumanidad sería barrida para siempre de la existencia. No se renunciaba al principio de autonomía, pero se ponía el acento ahora en la dimensión comunitaria. La esperanza de la consumación humana, por otra parte, no transcendía la misma Historia ni se apoyaba en potencialidades extrañas al linaje Homo.

Muchos pensadores a caballo entre los siglos dieciocho y diecinueve no pasaron al respecto de la pura ensoñación. Esto ocurre siempre que la esperanza no cuenta con fuerzas proporcionales a la ansiada humanidad. Pero, ¿a quién confiar la eclosión de una humanidad consumada dentro de los límites históricos? ¿Dónde se halla la potencia necesaria para engendrar ese estilo de ser hombre? ¿Cómo llevar adelante el progreso del ciudadano sin fronteras hasta desembocar en una rigurosa ultimidad intrahistórica? Carlos Marx trabajó toda su vida para responder a estas interrogaciones. Creyó firmemente —pocos han creído tanto y con tanto vigor— que esa estupenda potencialidad se hallaba en el mismo ser humano.

Ahora bien, tal creencia no se podía fundamentar en la sola y limpia actuación de los hombres. La tarea sobrepasaba en mucho a cualquier dirección libremente proyectada de la operación humana; había que apoyarse en la evolución interna del mismo linaje Homo. Pero esto exigía a su vez una nueva interpretación del ser histórico del hombre. La comunidad humana peregrinaba sin remedio —conforme a rigurosas leyes históricas— hacia su propia consumación. Para darse cuenta de ello, bastaba examinar científica y dialécticamente la matriz de todas las condiciones existenciales pasadas, la cual se cifraba enteramente en las relaciones económicas. De ahí

venía el mal, la inhumanidad, y de ahí mismo cabía esperar el remedio. Pues el resto de las vivencias humanas individuales y comunitarias, siempre estructuradas sobre las demás categorías de valores, giraban en torno a las económicas o se reducían drásticamente a ellas.

Esto era ciertamente consolador, ya que los excesos provocados por el principio de autonomía económica habrían de prorrumpir necesariamente en la humanidad consumada. Aparte de la confianza suprema en la evolución histórica del hombre, solo cabía esperar la salvación de la misma clase proletaria, el estamento social más sobrecargado de miserias y penalidades económicas. Nadie como los obreros de las nuevas fábricas habían experimentado las últimas inhumanidades de la Historia. A ellos les correspondía atizar el fuego revolucionario de la nueva humanidad. Por supuesto, el novísimo linaje Homo cobraba toda la dimensión universal del ciudadano sin fronteras. El proletariado del mundo entero trabajaría entusiasmado bajo la divisa del compañerismo fraterno.

En los albores del presente siglo los revolucionarios rusos iniciaron la gran peregrinación hacia la humanidad consumada. Liquidaron el modelo medieval zarista con todas sus tremendas inhumanidades, sacrificaron millones de hombres sobre el altar de la nueva humanidad, obtuvieron éxitos sin precedentes en grandes regiones de la vida y sometieron a la gente a igualitarismos avasalladores de las diferencias más elementales. El fenómeno se repitió en naciones de otras latitudes. Ninguna de ellas ha llegado a la meta. El modelo de la humanidad consumada también ha sido llamado recientemente a juicio. En muchas partes ni siquiera ha satisfecho las necesidades más perentorias. No necesito subrayar la pesada cruz que en estos momentos soporta el pueblo llano en su fulminante caída. Pues el desconcierto afecta a las cuatro dimensiones de la clave transhistórica con todos sus valores y contravalores.

6. PARADIGMAS TRADICIONALES

Según he indicado en el párrafo 4, el ciudadano sin fronteras se inclina a devaluar o a liquidar sin más el pasado. Es un modo peculiar de disolver la tensión temporal inscrita en los modelos humanos. Ahora bien, el hombre está sometido al tiempo en sus tres articulaciones. Los pueblos no toleran fácilmente el completo desarraigo de su memoria histórica; la ruptura con el pasado atañe directamente a su propia sustancia en cuanto se desarrolla por necesidad en el tiempo y el espacio. Tal desgarramiento evolutivo refleja en el fondo un deficiente acoplamiento del linaje Homo con los demás seres.

La humanidad consumada, por otra parte, reforzó la mutilación de la clave transhistórica. Tachó de un plumazo la dimensión metahistórica, al mismo tiempo que practicaba groseras reducciones de enteras categorías de valores originarios sometiéndolos a los biopsíquicos y económicos. Muchos varones y mujeres no podían desarrollar sus biografías impregnándolas de identidad y sentido. Es sumamente arriesgado desfigurar la experiencia humana de lo originario, ya se trate de sabores culinarios, de cariño, ciencia o de godeos místicos.

Estas consideraciones iniciales nos ponen en la pista sobre el origen de los modelos humanos tradicionales. Son fruto de *enérgicas reacciones contra los excesos de la razón negativa moderna*; son productos que se afianzan en el pasado siglo europeo; es un fenómeno típico de la modernidad del viejo continente. No se trata aquí de recorrer una a una tales reacciones. Apunto simplemente a un par de ellas.

La primera se produce en el área del pensamiento. A muchos filósofos, teólogos y científicos les molestó profundamente la audacia de la razón negativa moderna. ¿Sólo se detectaba en el pasado un espectacular reguero de inhumanidades? ¿Nada había engendrado la especie digno de consideración desde que despegara sin retorno de los ecosistemas? Algunos de estos pensadores se excedió en la vindicación de la humanidad gestada en el tiempo pasado. La pregunta clave saltó súbitamente a la palestra. ¿Dónde se halla realmente lo

bueno, verdadero y bello que constituye la sustancia misma del linaje Homo? En nuestros antepasados; no en el incierto porvenir de un ensoñado progreso.

Quizás sea mucho más conocida la reacción socio-política. Las revoluciones habían trastocado la gran malla de relaciones humanas con que se encontraban las personas al nacer en una Forma de vida concreta. Cada individuo ocupaba su puesto «natural» en el entramado de la gran red. Se nacía para ser rey, obispo, conde, plebeyo o fregona. El nuevo orden socio-político se apoyaba, asimismo, en recién estrenadas legitimaciones. El pueblo ocupaba el lugar preferido de referencia para lanzar el imperativo deber ser. Quienes perdían mucho con el cambio lucharon abiertamente contra el ciudadano sin fronteras o la humanidad consumada. Esgrimían siempre el gran argumento del dolor y la miseria que habían prodigado los nuevos regímenes entre los más débiles.

¿Cabe indicar algunos *trazos comunes a los paradigmas tradicionales*? Sin duda. Destaco, ante todo, la peculiar función judicial que ejercen estos modelos. El bien y el mal humanos están ya decididos de antemano para la mayor parte de los asuntos que discurren por la clave transhistórica. Esto asegura sin riesgos la reproducción del sistema. También discurre de modo singular la función terapéutica, sobre todo por lo que respecta a los males procedentes de las Formas de vida y de la misma especie. Las inhumanidades inherentes al modelo se justifican muchas veces apelando a males o pecados originales cometidos por el mismo linaje Homo. En este sentido jamás se intenta una audaz remodelación de la especie o de las Formas de vida; se proponen, más bien, prudentes reformas ad hoc.

El ciudadano sin fronteras, enamorado del universalismo, era proclive a borrar las diferencias propias de las distintas culturas. Los socialismos colectivistas de la humanidad consumada cayeron de hecho en impresionantes uniformismos. Los modelos tradicionales, en cambio, fortalecen las diferencias. En esta misma línea exaltan las comunidades adscritas a las sociedades agrícolas, ganaderas, cívicas y artesanas. Todas las dimensiones de la clave transhistórica se tiñen

de un suave o fuerte romanticismo. Las comunidades otorgan a la vida identidad y sentido. Tal vez se halle aquí el motivo de la tenaz resistencia que manifiestan muchos tradicionales a la modernización. En concreto sienten horror a esas masas de varones, mujeres y niños hacinados en la periferia de las grandes urbes modernas sin apenas referencias comunitarias.

El modelo tradicional, por otro lado, interpreta a su manera el sentido de la peregrinación histórica del linaje Homo. Me refiero, claro está, al despegue sin retorno de los ecosistemas y de las Formas de vida ya fenecidas o heridas de muerte. El ciudadano sin fronteras y la humanidad consumada intentaron acelerar este rasgo evolutivo de la especie. El tradicional se esfuerza por evitar a los descendientes —al estilo de plantas y animales— los riesgos procedentes de los agentes físicos y de la convivencia biótica. Esto se detecta admirablemente en algunas consignas tradicionales como la de «Dios, patria y rey». Recuérdese que el ciudadano sin fronteras expresaba su despegue histórico hacia el progreso con la divisa «libertad, igualdad y fraternidad». Dios, la patria y el rey consagran precisamente las jerarquías todas de la clave transhistórica en «órdenes naturales».

Los paradigmas tradicionales también han sido *convocados a juicio*. ¿Por qué se les ha sentado en el banquillo de los acusados? Por varios motivos. El primero lo comparten con los forofos del ciudadano sin fronteras o de la humanidad consumada. Se enzarzaron los tres en luchas sin cuartel y con cuartel. Piénsese al respecto en las incessantes contiendas intelectuales y bélicas mantenidas a lo largo de los siglos diecinueve y veinte. En nuestro país las confrontaciones se congelaron en las famosas «dos Españas», que a la postre nos condujeron a una de las guerras civiles más crueles que ha registrado el Planeta.

La poderosa jerarquía religiosa española —obispos, sacerdotes, monjes y monjas— se adhirió sin reticencias a la España de la «santa tradición». La jerarquía laicista —muchos catedráticos, escritores y líderes sociales o políticos— a la «inmaculada modernidad». Unos

y otros trataron por todos los medios de inclinar a su favor el brazo secular, a la vez que la inmensa mayoría de ellos hacía gala de un uso infrahumano de la razón. Como sucede siempre, el pueblo «no ilustrado» pagó los platos rotos. Era a este sufrido pueblo a quien realmente le dolía España.

El modelo tradicional ha gestado y nutrido con frecuencia en su amplia placenta tremendas diferencias insolidarias. La raza, la nación, los grupos étnicos, las misiones universales, etc., han encubierto toda clase de desmanes internos y externos. Las conquistas o los egos enjaulados insolidarios han sembrado mucho dolor y muerte a lo largo del último siglo. Muestras inolvidables son los arrolladores regímenes fascistas, los movimientos racistas y el modo con que se ha llevado a cabo las independencias de los pueblos africanos. Muchos dicen que en Auschwitz el linaje Homo se despidió para siempre de la razón. Pero no es así. La razón desarrolla tanto los principios preñados de bondad como de maldad.

El modelo tradicional porta también en su seno fundamentalismos de toda índole. Una de las inclinaciones más hermosas del espíritu humano es su permanente tensión hacia la plena verdad teórica y práctica. Otro tanto ocurre con la bondad y la belleza, por citar categorías supremas de valores. El fundamentalismo confunde esta actitud con la posesión efectiva de tamaña verdad; no se atreve a decir otro tanto sobre la belleza y bondad. El soberano decreto de tal posesión —pues no va más allá de una decisión—, además de cortar de un tajo la peregrinación histórica, divide a los hombres en ilustrados y sumidos en las tinieblas. De ahí proceden luego oscuras divisas como «el error no ha de tener los mismos derechos que la verdad». Los fundamentalismos no son movimientos exclusivos de las religiones. La cultura europea moderna está pringada de esta actitud hasta los bordes. ¿No la hemos sorprendido mandando a paseo como superstición, prejuicio, ignorancia y despotismo toda la historia anterior? Nadie ha cultivado más el fundamentalismo epistemológico que Descartes; bastante más que Platón.

7. EL HOMBRE PRODUCTOR CONSUMIDOR

Supongamos con Max Weber que los primeros empresarios desplegaron inicialmente sus energías movidos por el espíritu calvinista de la predestinación eterna. Pues bien, sus seguidores no tardaron mucho en impregnar toda su fantástica actividad de espíritu de lucro. Las fábricas lanzaron al mercado cantidades inmensas de productos, sobrepasando en mucho a las sociedades agrícolas, artesanas y ganaderas. Las medias de seda acabarían por estar al alcance de las sirvientas domésticas. La acelerada generación de bienes y servicios debía tener su proporcional contrapartida de consumo. Pues de otra manera la actividad económica entraría de inmediato en mortales parálisis. Esta dinámica inherente a la entraña misma de la empresa moderna acabó por *dar a luz al hombre productor consumidor* (HPC).

Tal estilo de ser hombre irrumpe de lleno en Norteamérica hacia los años veinte del presente siglo. Después de la Segunda Guerra Mundial se extiende por Europa Occidental y el Japón. ¿Qué *rasgos fundamentales exhibe este modelo humano*? Insisto particularmente en su relación básica con el ser. El HPC contempla los entes bajo la honda perspectiva de la explotación. Esto significa exactamente que nos alimentamos de ellos —a través de la entera clave transhistórica— asimilándolos como valores biopsíquicos y económicos. No es que desaparezcan las demás categorías de valores, pero sufren fuertes contracciones.

Hasta este siglo veinte los modelos suponían que la sustancia humana provenía sobre todo de los valores éticos, religiosos y socio-políticos. Los biopsíquicos y económicos apenas se tenían en cuenta y sufrían a veces desdeñosos desprecios. Afincados en esa memoria histórica, nada extraño que se conciba frecuentemente nuestra Forma de vida como asentada en el vacío. Sin embargo, no es así. Los formidables valores biopsíquicos y económicos también son capaces de vertebrar biografías. El HPC no carece de sabiduría entendida como sabor de la vida.

Nuestra potencialidad para gozar a través del tacto, olfato, gusto y sexo apenas tiene fronteras. También nos encanta sentir la dimensión corporal de la vida plena de vigor y juventud, bien equilibrada en sus formas, brillante y atrayente, aseada y bella. Otro tanto sucede con las delectaciones psíquicas. No interesa a la sabiduría del HPC las profundas regiones del yo, el alma o sus relaciones místicas con Dios o el Absoluto. Se trata, más bien, de un compacto cúmulo de vivencias «psi». Lo que seduce es el godeo del sentimiento puro o de la pasión violenta, el secreto y sinuoso viaje por la interioridad, los vacíos mentales, el éxtasis o los delirios provocados. ¿Qué decir de la holganza del consumo y del regusto de tener? El HPC se está vengando al respecto de todas las carencias ancestrales de la especie. La mayor parte de los seres naturales y cósmicos caen poco a poco entre sus anchas fauces. Existe ya la preocupación y la angustia de no hallar suficiente ser en el Planeta para calmar su voracidad.

Este sabor de la existencia atrae tanto a los hombres como los panales de miel a las moscas. Poco a poco tiende a conquistar las Formas de vida de todas las latitudes del Planeta. Ningún modelo histórico ha alcanzado tanta universalidad. El HPC se ha tragado, por supuesto, a los tres modelos humanos ya considerados. Ha recortado drásticamente la envergadura del ciudadano sin fronteras, ha disuelto completamente la humanidad consumada y ha mandado al olvido las añoranzas tradicionales. A este propósito es paradigmático lo sucedido aquí en Europa. Sacrosantos valores religiosos, éticos, epistémicos, estéticos y socio-políticos se mostraron incapaces de echar abajo las barreras nacionales. La Comunidad Europea fue inicialmente una Comunidad del Acero y el Carbón.

Sin embargo, es muy curioso observar lo que ocurre con este modelo humano. Todos lo ansían y todos a porfía lo *convocan a juicio universal*. ¿De qué se le acusa en concreto? De muchas lagunas; cito una pequeña muestra de ellas. La envergadura de un viviente se halla en relación directa con la irritabilidad o sensibilidad respecto de los entes que componen su apropiado medio. El HPC contrae demasiado esta capacidad de nuestro linaje, reduciéndola principal-

mente a solos valores biopsíquicos y económicos. Grandes riquezas de la clave transhistórica quedan al margen de esta receptividad. La densidad de la función judicativa del modelo se adelgaza en la misma proporción.

La razón soberana de nuestro espacio interior se empeña en gestionar esos valores. Se trata de una energía cerebral positiva, atenta a la explotación del ser, pragmática. Utiliza todas las razones particulares en esta dirección, como le sucede a la razón política. Las funciones del Estado se justifican por la omnipotente renta per cápita. Llama aún mucho más la atención esa tremenda rebaja de la Ciencia y Tecnología a ciencia y tecnología desarrollistas. Esta transformación es tan sutil que ni siquiera los agudos críticos de la Escuela de Frankfurt la han percibido. Cargan sobre la razón instrumental y estratégica —un magnífico trazo evolutivo de la especie— los desmanes de sus homólogos desarrollistas.

Las funciones biográficas del modelo dejan mucho que desear. La competencia de los mercados ha sumido a mucha gente en desigualdades insolidarias jamás conocidas en el Planeta. De un lado, los preocupados por las abundantes grasas de sus voraces vientres; de otro, los muertos de hambre. Por otra parte la dimensión biográfica del parado constituye un rasgo inédito en la Historia; es, sobre todo, la cara descubierta de la democracia convertida en pura farsa. ¿Cómo gestionar la propia vida y la de la comunidad condenado al ostracismo? ¿Era la autonomía del parado lo que predicaban los ilustrados? ¿Acaso se ha conseguido así la mayoría de edad del linaje Homo?

Todo el mundo, asimismo, echa en cara al HPC su pésima relación con los seres naturales. Se ha de ponderar siempre el despegue sin retorno de los ecosistemas, que revela abiertamente la peculiaridad de la vida humana respecto de plantas y animales. La tensión biótica está asegurada. Pero eso no implica la estúpida irracionalidad de poner en peligro la especie, destruyendo parte de su propio medio. Pocos estarían de acuerdo, por último, con las clausuras existenciales que impone el HPC. No me refiero únicamente a la clausura profesional, la famosa jaula de hierro weberiana. Se pueden con-

templar tres más de no menos importancia. La clausura axiológica nos relega a los valores biopsíquicos y económicos. La del presentismo impide las trascendencias intrahistóricas; la cósmica cierra el paso a la dimensión metahistórica.

III. PRESENTE Y FUTURO DE LOS MODELOS HUMANOS

8. RECELO ANTE LOS MODELOS HUMANOS

Los juicios sobre la calidad del ser humano engendrado en las diversas Formas de vida es un trazo evolutivo de la especie. Tales decretos nos remiten a la densísima ciencia del bien y del mal, el más difícil y extenso saber entre los inventados por el linaje Homo. Pero la razón valorativa no será capaz de estimar correctamente Formas de vida, biografías, libertades, alimentos, acciones y amores, si carece de sendos modelos humanos como puntos de referencia. Las cuatro dimensiones de la clave transhistórica, y las siete categorías de valores nombradas en el párrafo 2, dan pie a una gran variedad de paradigmas. Cito algunos.

Los hombres han puesto la confianza para articular la calidad de su compleja vida en los dioses o Dioses. A través de ellos se situaron cómodamente en el concierto de los entes del Mundo, cobraron identidades biográficas concretas, desplegaron experiencias profundas y comprensivas, forjaron leyes, usos, costumbres e instituciones, asimilaron el mal y la muerte, encajaron el gran problema de la continuidad de su existencia. También se han remitido sin solución de continuidad a la Madre Naturaleza. Entre la abigarrada multitud de entes terráqueos y cósmicos, se esforzaron por captar la peculiaridad de su propia vida. ¿Por qué no desarrollar la existencia atentos a la tupida red de inclinaciones inscrita en su rica naturaleza? ¿No proceden así los demás vivientes?

Según he podido comprobar en una pequeña muestra, quizás los modelos humanos modernos giren principalmente en torno a la

Sociedad y el Yo. A primera vista parece que ambos están sometidos a nuestra voluntad, y que podemos proyectarlos y realizarlos a nuestro gusto, evitando las inhumanidades explícitas generadas por estas dos dimensiones de la clave transhistórica. Del Yo parten efectivamente muchos paradigmas. Desde la instancia de la Felicidad se quieren biografías rebosantes de placer; a partir de la Libertad, plélicas de autonomía y descargadas de extrañamientos y trabas. La Sociedad sugiere instancias soberanas como la Comunidad, el Estado, la Justicia, la Ley, la Constitución, la Paz, el Desarrollo, la Fraternidad, la Democracia, etc.

¿Por qué motivo anuncio recelos ante los modelos humanos en el mismo título de este apartado? ¿Quién puede temer a los Dioses concebidos como Sumas Bondades? ¿Qué males o inhumanidades cabe esperar de la Naturaleza misma de mi linaje? ¿No comprimimos en la Felicidad el conjunto entero de los bienes, y en la Libertad la entraña misma de la autonomía excluyendo a la vez de nuestras biografías todas las servidumbres? ¿A qué viene dudar o sospechar de las citadas instancias sociales, cuando cada una de ellas determina espesas redes vitales henchidas de exquisitas relaciones humanas? ¿Qué razones hay para que a finales del siglo veinte los europeos convoquen a juicio o se avergüencen de sus modelos humanos modernos y se nieguen a diseñar otros? ¿Habrá que abandonar en adelante este trazo evolutivo de la especie?

Hay motivos, por supuesto, para recelar de cualquier paradigma humano. Si se trata de experiencias primigenias, se ha de estar muy atento a las interpretaciones que sufren a lo largo de la Historia; a sus respectivas inculturaciones. Si uno se remite a modelos diseñados, necesitamos cortos o largos períodos de tiempo para exprimir el néctar o el veneno de sus principios. La razón se halla siempre inmersa en la temporalidad; no tiene otro modo de proceder. Ambos géneros de paradigmas, por otra parte, están sometidos al uso ideológico, es decir, a la mala voluntad. Se roba mucho en nombre de la Justicia; se riñe más a guisa de Fraternidad. Ya hemos observado que el ciudadano sin fronteras, la humanidad consumada, los

arquetipos tradicionales y el hombre productor consumidor han sido convocados a juicio porque estaban preñados de inhumanidad.

Creo que el recelo europeo ante los modelos humanos proviene de tres grandes vertientes. Los arquetipos se utilizan a veces como formidables aras de ofrendas y linchamientos personales y masivos. Ejércitos, pueblos, razas y sencillos ciudadanos de a pie han sido sacrificados sin escrúpulos a dioses y patrias, a democracias y autonomías, a desarrollos, etnias, humanidades consumadas y razones de Estado.

Cabe subrayar, por otro lado, las indignas uniformidades que prodigan con frecuencia los paradigmas humanos. Estos igualitarismos a ultranza borran de un plumazo las exquisitas diferencias de Formas de vida y biografías, los caracteres más salientes del linaje Homo. La confusión secular entre naturaleza y estados o condiciones humanas es continua fuente de rodillos igualitaristas. Pocos modelos humanos han prodigado más estériles uniformidades que los socialismos colectivistas decimonónicos. Me admiro que apenas se haya ponderado el singular hecho de ver a mil millones de chinos vestidos a la última moda del igualitarismo histórico.

Tampoco se han de olvidar, por último, los modelos que alimentan egos enjaulados; esas biografías que roban y disfrutan valores comunes impermeables a las necesidades de los demás. Los modelos ligados a todas las versiones del liberalismo económico fomentan estos tipos de ser hombre. Insisten en identidades forjadas a base de pertenencias —propiedades—, las cuales decaen con suma facilidad en las insolidaridades congénitas al hombre productor consumidor.

Los recelos europeos ante los modelos humanos están justificados. Sin embargo, esto no significa que la especie humana vaya a prescindir de ellos en adelante, pues se congelaría automáticamente su evolución histórica y regresaría al estilo de vida apropiado a plantas y animales. El hombre vendría a desplegar su existencia cosido de nuevo a la plantilla de los ecosistemas. Es curioso observar que el intelectual europeo trata casi siempre de extender a todo el linaje

Homo sus propios fracasos. Tiene la habilidad, además, de confeccionar puntualmente el «ismo» de turno para olvidar el pasado. Ahora le toca ejercer semejante papel al posmodernismo. No cabe duda que en muchos aspectos apunta hacia la correcta dirección; pero no es posible solventar los problemas de los modelos humanos modernos con simplificaciones de esa calaña. Y no se ha de ocultar que muchos adictos al citado «ismo» están marcados a fuego por el fracaso y el abandono de la humanidad consumada moderna.

9. FERTILIDAD DE LA DIFERENCIA SOLIDARIA

La última consideración del párrafo anterior invita a *superar las cómodas simplificaciones*. Es preciso tener muy presente la inmensa envergadura de la clave transhistórica, que revela sencillamente nuestro peculiar modo de ser vivientes. Tierra y Cosmos, Historia y Biografía, Cielos e Infiernos constituyen nuestro medio vital. Los entes que pueblan esas tres regiones de la clave son todos capaces de irritar e impactar nuestro ancho espacio interior. Pero no nos comportamos pasivamente ante ellos. Valoramos unos, descalificamos otros, y son muchos aún los que no han caído bajo el dominio de nuestro juicio estimativo. Los valores y contravalores revelan la vitalidad que discurre por las cuatro dimensiones de la clave. El horizonte del linaje Homo jamás se halla determinado, congelado, decidido y agotado por un estilo de humanidad; permanece abierto a nuevas y nuevas Formas de vida.

Por eso surgen a lo largo del espacio-tiempo muchos modelos humanos. ¿Cómo pasamos de unos a otros? Por sencillos, espectaculares o arriesgados cambios de los códigos culturales. Saltamos siempre a otra humanidad desde su inmediata anterior conservando unos valores, fomentando nuevas mediaciones de otros, intensificando los más apetecibles, descubriendo o creando algunos inéditos y mandando a paseo secciones más o menos amplias de inhumanidades. No olvidemos que la reproducción es el rasgo más peculiar de los vivien-

tes. De ahí que también las culturas tiendan a reiterar sus propios dolores, deterioros y limitaciones. Esta perogrullada no ha sido apreciada suficientemente por muchos impacientes diseñadores «revolucionarios» de modelos humanos.

Así pues, nuestra próxima humanidad ha de engendrarse a partir del hombre productor consumidor. Esta es la criatura de carne y hueso que se ha afincado y prospera en este pequeño planeta; la única que puede ser objeto realmente de nuestro respeto y amor. La hemos convocado a juicio —como vimos en el párrafo 7—, pero tengamos presente que somos nosotros mismos quienes nos sentamos en el banquillo de los acusados. No me es posible aquí penetrar en la enmarañada complejidad de los alegatos. Quiero destacar simplemente un aspecto del espíritu que ha de contribuir a engendrar la nueva humanidad.

Invito a quienes deseen ir más allá del hombre productor consumidor a *prestar mucha atención a las diferencias*. El ser que nosotros conocemos no se reduce a una viscosa sopa entitativa. A partir de la Gran Explosión, por evolución físico-química y biótica, va apareciendo sin prisa y sin pausa gran variedad de entes. La riqueza ontológica se concentra siempre en las diferencias. El linaje Homo es, sin duda, quien mejor manifiesta esta tendencia del ser cósmico. Su envergadura entitativa se revela a través de extensas e intensas diferencias. La diversidad de sustancia humana ha llamado especialmente la atención al hombre productor consumidor. El pluralismo —cómoda simplificación de la multiplicidad— asusta a mucha gente, pues las personas estaban acostumbradas a vivir con bastantes menos diversidades en anteriores Formas de vida. Aludo únicamente a cinco clases de ellas.

Aún existen en la Tierra diferencias culturales que constituyen y nutren distintas Formas de vida. Se habla de centenares de culturas autóctonas. Pero no podemos descuidar un hecho insólito en la Historia; un estilo de ser hombre —el hombre productor consumidor— tiende a habitar en todas ellas. He de resaltar, asimismo, las diferencias devastadoras, aquéllas que apuntan al auténtico linaje

Homo a «sensu contrario», es decir, a través del dolor, el deterioro y la limitación. También es preciso constatar las diferencias decimonónicas que cabalgan sobre los «ismos», tales como liberalismos, socialismos, tradicionalismos, conservadurismos, comunismos, etc., en su doble versión de «paleos» y «neos».

Esta agitada marea de la diversidad afecta principalmente a las instituciones políticas, económicas y sindicales. Por otro lado, se muestra sumamente dócil a los encantos del hombre productor consumidor. En cambio, las diferencias asignadas a los nuevos movimientos sociales —expresadas también con sus correspondientes «ismos»— surgen de enérgicas demandas de más humanidad que la del hombre productor consumidor. Intentan desplegar la riqueza entitativa de la mujer (feminismos), la armonía con los seres naturales (ecologismos), el vigor de muchas relaciones ligadas al derecho (defensa de elementales equidades), la inmensa fertilidad que destila el paradigma de la paz (pacifismos), etc. Cito, por último, las diferencias biográficas. Quienes viven son los hombres singulares de carne y hueso. Los cuatro anteriores tipos de diferencias marcan a fuego la biografía de cada persona, en cuanto recorre su peculiar existencia henchida de sustancia humana auténtica, mediocre o miserable.

Siempre hay una razón soberana que gestiona la potencial humanidad inscrita en un modelo humano. El hombre productor consumidor cuenta con la formidable razón desarrollista. Las razones soberanas son energías cerebrales sumamente complejas. El próximo arquetipo humano también ha de tener la suya. Apunto un trazo programático de la misma por lo que toca a la *fertilidad de las diferencias solidarias*. ¿Qué entiendo por solidaridad? ¿Es una afección psíquica reductible a cuatro ondas fisiológicas? No niego en absoluto esa rica vertiente que toca a las profundidades del yo. Pero con «solidaridad» significo ahora un espeso haz de relaciones entitativas, donde se conjuga admirablemente la diferencia de los seres con su comunidad. Hay un exquisito discernimiento del carácter intrasferible de cada uno, a la vez que se reconoce su contribución a la riqueza y armonía de todos.

La próxima humanidad ha de engendrar biografías más ricas que las permitidas por el hombre productor consumidor. Sus diferencias solidarias contribuirán a disolver las distancias y barreras, impidiendo por igual los egos enjaulados y los estériles igualitarismos. Moremos un instante en la terrorífica divisa que presidió el asesinato en Madrid de nuestra querida dominicana Lucrecia Pérez. Se la liquidó por «ser extranjera, pobre y negra». ¿En nombre de qué «distinguida aristocracia patriótica» actuaron los asesinos? ¿Es ese el modo de percibir las devastadoras pobreza que atenazan a millones de niños, mujeres y varones a lo largo y ancho del Mundo? ¿Qué modelo humano determina las biografías de tales asesinos, cuando ni siquiera cabe en él la inmensa riqueza biótica de las razas?

La nueva razón soberana ha de ponderar todas las diferencias indicadas más arriba. Aconsejaría al lector no dejarse llevar prendido únicamente por los consabidos «ismos» decimonónicos. Creo que los sociólogos han de discernir el valor y el uso «científicos» de estas categorías. Quizás habría que abandonarlas sustituyéndolas por otras más finas. De todos modos la solidaridad entraña mucha más envergadura; recae sobre todas las diferencias. Se comprende que las devastadoras ayudan a discernir las tremendas inhumanidades del hombre productor consumidor y de otros modelos. Por esto son convocados a juicio.

¿Cómo contribuyen a la riqueza entitativa propia y a la de otros mis diferencias de español, francés o chino?; ¿mis atributos de madre, científico, tecnólogo, rico, educador, juez, administrador, legislador, religioso, profesor, escritor o artista?; ¿mis compromisos liberales, socialistas, conservadores o comunistas?; ¿mis luchas por la paz, la riqueza entitativa de la mujer, los derechos humanos o la armonía ecológica?; ¿mis receptividades, por último, a cuantas inhumanidades adheridas como lapas a nuestra Forma de vida? Estas son algunas de las interrogaciones y desafíos que lanza a la palestra la razón solidaria. No la minimicemos.

10. EXPERIENCIAS PRIMIGENIAS

Recuerdo que en el párrafo 2 distinguí los modelos humanos diseñados de los experimentados o experiencias primigenias. Los primeros se forjan principalmente a base de especulación constructiva; los segundos se identifican con hombres de carne y hueso aparecidos en la Historia. Estos inauguran un estilo de ser hombre que convoca a seguidores contemporáneos y futuros. El ciudadano sin fronteras y la humanidad consumada relegaron al olvido tales arquetipos humanos. Los sociólogos, por otra parte, los han uniformado brutalmente bajo la «vidriosa» categoría de religión. Algunos escrutadores de las relaciones sociales —y por cierto muy eminentes— siguen utilizando esta categoría al estilo comteano. Tratan a todos los hombres del siglo veinte como si gestaran sus biografías dentro del más puro «laicismo» ilustrado. Los modelos experimentados habrían desaparecido de la Tierra.

Creo que la Sociología tiene que revisar el contenido y la extensión que otorga al concepto de religión. Por lo que respecta, en concreto, a la experiencia primigenia de Jesús de Nazaret, se halla en casi abierta disparidad con exégetas y teólogos. Gran parte de su trabajo tocante a la «recogida» de datos se rige por patrones sumamente empobrecidos. Los sociólogos «laicistas» ilustrados, por otra parte, tienen que explicar hechos tan patentes como el poder de convocatoria de Juan Pablo II y su capacidad para «irritar» y «congraciar» a tanta gente, lo mismo que intentan dar cuenta de las apretadas multitudes que vibran en torno al Mundial de Fútbol o el Tour de Francia. Con esto apelo simplemente a la elemental objetividad o intersubjetividad de la Ciencia.

De todos modos, ante la caída de sendos modelos humanos modernos, la renuncia europea a diseñar otros y las carencias del hombre productor consumidor en muchos aspectos valorativos, se perciben grandes variedades de movimientos religiosos. Hay incluso agudos observadores de la vida actual que proponen una decidida vuelta a las religiones. Otros —que pocos años ha ni siquiera las nombraban en sus trabajos— ahora las tienen en cuenta al menos

para negarlas expresamente como soluciones viables a la cohesión humana moderna o posmoderna. Todo este asunto está traspasado de ambigüedad y confusión.

Muchos de esos movimientos cultivan esoterismos actualizados. Enlazan al mismo tiempo con el placer «psi» del hombre productor consumidor, el ocultismo de antaño y la necesidad de recuperar el espacio interior de la clave transhistórica. También se apela a las religiones blandiéndolas como «deliciosas revanchas» al riguroso y enjaulado laicismo europeo. Estas gentes salen de sus refugios anti-modernos proclamando la victoria de su inmaculada fidelidad a ciertas tradiciones. Tampoco faltan las variedades fundamentalistas, a las que he aludido brevemente en el párrafo 6. Y no olvidemos la violenta marejada que imprimen a los movimientos religiosos los «ismos» decimonónicos. Hay cristianos modernos y posmodernos, paleoliberales y neoliberales, conservadores clásicos y de reciente cuño, socialistas a ultranza y de nueva ola, críticos y neocríticos, marxistas y neocomunistas, etc. Adviértase que no proliferan las razas puras sino los variopintos cruces.

Quizás el asunto sea inicialmente más sencillo, aunque posteriormente se dilaten las complicaciones. Creo que las experiencias primigenias han de entrar de lleno en la fértil dinámica de las diferencias solidarias. Cada una de ellas ofrece un modo de estar en el Mundo que se identifica con su peculiar contexto teologal de la vida. Estos contextos brindan panoramas más o menos atractivos de la clave transhistórica, y permiten biografías dispares conforme a la sustancia humana que generan. Las tensiones temporales que afectan a todos los modelos humanos, según he constatado en el párrafo 2, se recrudecen en las experiencias primigenias. A medida que pasa el tiempo, los seguidores han de reinterpretarlas para cada Forma de vida. De ordinario se tiende a mantener lo más posible la última inculturación recibida. Piénsese, por ejemplo, en los avatares de la inculturación cristiana medieval.

La salida hacia el otro desde la propia diferencia solidaria no se ha de confundir con la simple tolerancia, un invento europeo para

cortar de un tajo las guerras de «religión». A base de tolerancia mutua no se engendran relaciones humanas interesantes; en cualquier momento pueden saltar los combates y linchamientos. La diferencia solidaria exige contrastar nuestras biografías, ampliar la ciencia del bien y del mal, concretar y llevar a efecto las correspondientes acciones terapéuticas. Es fuente inagotable de tensiones y fomenta al máximo la función crítica; pero elimina la enemistad y la riña. Las dos Españas —que ahora se han multiplicado por seis— ni siquiera entraron en la vía de la tolerancia.

Las diferencias solidarias tampoco se han de identificar con las teorías formales del diálogo y la comunicación. Se trata de las últimas manifestaciones de las famosas razones kantianas a priori. No se equiparen sin más a determinadas articulaciones que atañen a una de las dimensiones de la clave transhistórica. Esta toca al ser mismo del linaje Homo —como ya indiqué más arriba—; no a la simple concepción del mismo. Con tal observación no invito a despreciarlas sino a protegerlas y cultivarlas. Pero las biografías humanas no se tejen con simples formalidades comunicativas; hay que poner carne en el asador de la existencia. Las diferencias de los seres humanos portan precisamente esa riqueza entitativa cuando son solidarias. Así es el ser que conocemos y el que engendramos a través de nuestras operaciones.

ELADIO CHÁVARRI